

Jacobo Laks

Compartiendo algunas de las jornadas del Congreso Centenario de la Alianza Cooperativa Internacional hace apenas unos meses, nada hacía presagiar que en estos momentos debiera abocarme a despedir, en nombre del instituto de la Cooperación y de esta Revista, a un compañero de casi treinta años de militancia cooperativa y a quien reconozco como maestro: el Dr. Jacobo Laks.

Su salud estaba quebrantada, es cierto, pero sobrellevaba sus dificultades físicas con la seguridad de quien deja las cuestiones secundarias de lado para ocuparse de las que realmente son importantes. Y para Laks, éstas eran, sin duda, las que constituyeron el centro de su preocupación vital: el conocimiento de la realidad económico-social, la comprensión de su dinámica y de las formas de intervención que facilitarían la exclusión de cualquier forma de explotación de los trabajadores y de los sectores sociales postergados en general, y la preocupación por su nido: su familia. Por ellos vivió sin egoísmos y sin ahorro de energías.

Portaba últimamente una especie de desazón espiritual al observar que las dificultades a vencer para arrimar la realidad hostil al ideal vislumbrado, eran de una magnitud superior a lo esperado, y que las mejores experiencias podían fracasar por inconstancia en el esfuerzo, tergiversación de las teorías, intereses particulares, o cualquier otra de las mil y una circunstancias de las que se reviste la ideología, como patología social, para confundir el pensamiento y enredar los caminos. Pero nunca lo vi traducir esa desazón en pesimismo. Al contrario, toda la crítica reconducía siempre a una nueva propuesta de acción, a buscar los puntos de contacto que pudiera servir para unir a quienes buscan reivindicaciones similares y los modos de expresión adecuados para canalizarlas. No se colocaba, sin embargo, en la posición de quien piensa u opera para otro, sino desde el otro, que encontraba así naturalmente compartibles sus razonamientos y sugerencias. Por eso es que a pesar de su peso intelectual y la importancia de sus funciones dirigenciales en organizaciones nacionales e internacionales, fuera difícil visualizarlo como jefe y fácil, en cambio, reconocer en él a un compañero dispuesto a discutirlo todo en un pie de igualdad.

Fue dirigente político desde su temprana adhesión al comunismo y encontró en el cooperativismo terreno fértil para la siembra de una sociedad mejor. Es uno de los responsables de experiencias singulares desarrolladas por el cooperativismo de crédito en el país a través del instituto Movilizador de Fondos Cooperativos y que, más allá de su éxito relativo, constituyeron aportes que deberán ser retomados por el movimiento en su conjunto y desenvueltos a niveles superiores de integración si efectivamente se pretende dar al cooperativismo carácter distintivo, personalidad propia, autonomía operativa. La gran disyuntiva pasa hoy en día, en efecto, por afianzar esa autonomía doctrinaria y prácticamente, o sucumbir a la sutil cooptación ideológica que el capitalismo neoliberal viene haciendo de la experiencia solidaria con el pretexto de fortalecerla, a cambio de una paulatina y hasta casi inadvertida mutación de su naturaleza. El programa que Laks contribuyó a diseñar intelectual y prácticamente está hoy, pues, más vigente que nunca, y por eso podemos afirmar sus amigos que en esa lucha, que fue la de él, lo sentimos a nuestro lado.

Alberto E. Rezzónico
Junio 1996